

D O N R A U L W. de A L L E N D E

Para "La Voz del Interior"

Por Gregorio Bermann

Tenía empaque señorial. Alto, arrogante, bien plantado, de facciones regulares y atrayentes, don Raúl W. de Allende es el mas ilustre de mi galería cordobesa. Allende fué persona muy singular, uno de los caracteres mas originales que tuvo Córdoba; uno de los hombres más difíciles que he conocido, y de los mas contradictorios. Discriminado en su sangre, era el discriminador. Con la apostura y maneras de un soberbio lord, tenía fuerte sensibilidad democrática. A menudo arbitrario, desdeñoso hasta la insolencia, tenía un sentimiento pasional por la justicia. Estallaba de indignación homérica, en apóstrofes de antología, ante la estupidez, la felonía, la hinchazón pretenciosa, la vulgaridad; mas daba su corazón a la gente del pueblo sencilla y veraz. Padeciendo con retardo de un siglo de la escisión romántica, buscaba lo nuevo, con gusto depurado. Sin bienes, era el señor rumboso, de ancha generosidad, aunque esta fuera solo verbal. Y tantas paradojas extrañas de su manera de ser, porque era una paradoja viviente.

Por mas que en su querer el agua solo servía para la higiene corporal-como decíarota su voluntad, guardó empero intactas hasta el final, fenómeno raro, las flores de sus sentimientos, la agudeza de su ingenio, su hombría de bien y rectitud.

El "tuerto" Allende, como lo apelaban por su acentuada miopía declaraba, soy tuerto, pero no zonzo. Como por años no le alcanzaba el dinero para reponer uno de los cristales de sus lentes de cinta-con garbo de tiempos viejos-respondía a los que le preguntaban por tan extraña carencia: "Y para lo que hay que ver en Córdoba, con un ojo sobra". A un ingeniero que no se distinguía por sus matemáticas: siempre se le cruzan las paralelas. A los que se envanecían del doble apellido, Allende decía que lo usaban a ver si acertaban con el padre. Chispeante, creó palabras nuevas que merecen quedar en la historia del ingenio cordobés: analfabestias, proculadrón, cordobestias. Deodoro gustaba a si mismo crear neologismos: obeliscopal, hispanocaliente, pajaroverde, vacunócratas, feudoburguesía..

Allende era muy cordobés en sus aversiones. Desconfiaba de los porteños, a los que profesaba animada supicacia. No sólo a los de ahora, también a los de otros tiempos, y sobre todo a Mitre que los encarnaba. Versado en historia, la justificaba con fuertes argumentos, a lo que se sumaba la herida al orgullo local por el dicho de Mitre debido a su oposicion cuando la guerra del Paraguay: "los cordobeses no sirven para la paz ni para la guerra". Su amor al país lo llevaba a una rabiosa detractación de los gringos que centran su afán en el enriquecimiento rápido, sin escrúpulos, de italianos, "gallegos", rusos, siriolibaneses, a quienes atribuía los males que sufría la República. Especialmente de los italianos verbosos y de frágil moral. A propósito recuérdase aquel infatigable, elocuente orador en los mitins aliadófilos de la Primera Guerra Mundial, después tremendo antifacista, que al mismo tiempo resultó ser abogado del consulado facista... Gustaba repetir el soneto de Pizarro a los italianos enriquecidos de Rosario.

Tenía empaque señorial. Alto, garboso, bien plantado de facciones regulares y atractivos, don Raúl W. de Allende es el más ilustre de mi galería cordobesa. Allende fue persona muy singular, uno de los caracteres más originales que tuvo Córdoba; uno de los hombres más difíciles que he conocido, y de los más contradictorios. Discriminado en su sangre, era el discriminador. Con la postura y maneras de un soberbio lord, tenía fuerte sensibilidad democrática. A menudo arbitrario, desdeñoso hasta la insolencia tenía un fuerte sentimiento, exacerbado hasta la pasión, por la justicia. Estallaba de indignación homérica, en apóstrofe de antología, ante la estupidez, la felonía, la hinchazón pretenciosa, la vulgaridad; más daba su corazón a la gente del pueblo sencilla y veraz. Padeciendo con retardo de un siglo de la escisión romántica, buscaba lo nuevo, con gusto depurado. Sin bienes, era el señor rumboso, de ancha generosidad, aunque esta fuera solo verbal. Y tantas paradojas extrañas de su manera de ser, porque era una paradoja viviente. Por más que en su querer el agua solo servía para la higiene corporal-como decía-rotó su voluntad, guardó empero intactas hasta el final, fenómeno raro, las flores de sus sentimientos, la agudeza de su ingenio, su hombría de bien y rectitud. Muchos recuerdan aún sus dichos felices, la certeza de sus tiros, sus anécdotas, sus arrebatos ante la estoidez y la perversión.

Carente de bienes, desde el principio tuvo que afrontar con su trabajo las necesidades cotidianas. Truncó entonces sus estudios de derecho y se hizo periodista. Un periodista improvisado que no pasó por ninguna escuela técnica, que se fue haciendo sobre la marcha, como los guerrilleros. No era de la cohorte de los oportunistas o conformistas, que se rendían de antemano, interesados a la sonrisa del patrón o a los oficialismos. Durante muchos años fue el editorialista de "La Voz del Interior", condición en que no cumplía simplemente como un amanuense órdenes de la dirección, sino que empeñaba combate por lo que afirmaba con su pluma, dispuesto a defender lo que decía con todas las armas. Era un periodista de batalla, de aquella vieja raza de periodistas que en el siglo pasado estaba siempre dispuesta a cambiar la pluma por el fusil en las frecuentes contiendas civiles, cuando no bastaba la razón y los contrarios atropellaban, ó para disminuir por la fuerza un pleito nacional. Su tinta tenía olor a pólvora, pero como los tiempos han cambiado, ante las frecuentes contingencias políticas, clamaba por un cañoncito privado para librar lucha solitaria. Defendía los intereses nacionales, al país, la Libertad con mayúscula, la honestidad administrativa, la lealtad democrática, la seriedad de las instituciones contra el asalto, el fraude, la mistificación. Sostenía el ideario de su partido que era la Unión Cívica Radical, en la línea de don Hipólito, a cuyos postulados quedó fiel hasta su muerte.

Desde que se inició hasta que se jubiló militó-esa es la palabra-en "La Voz del Interior", el diario combativo y popular, vocero de las masas cordobesas. "La Voz", como la llaman generalmente, fue repetidas veces censurada

por su arrojo ante gobiernos dictatoriales, y hasta sufrió una seria, baleado y tomado por las turbamultas reaccionarias de la Liga Patriótica y agentes oficialistas en los álgidos días de la semana de enero de 1919. En "La Voz" ejercía su dominio, junto al director, el bravo entrerriano José María Cargelia, y a sus compañeros de redacción mas jóvenes, el correntino Manuel F. Herrera y el cordobés Adolfo Pizarro a quienes adoctrinaba. Raúl Allende se destacaba por su cultura histórica y el conocimiento de las cuestiones públicas, pero sobre todo por su manera áspera de enfrentar lo que le parecía injusto y lo que se anunciaba como inconveniente. Entonces sacaba la pluma de la gaveta de su escritorio—jamás tecleó una máquina de escribir—y deletreaba sus argumentos, y si era necesario, los apóstrofes.

Que conozca, no dejó un artículo con su firma. Todo se fué en el río anónimo del periódico. Las mieles eran sobre todo para las actrices, pues se consideraba hombre de teatro. Era un autor inédito, pues estuvo escribiendo y retocando por largo tiempo una comedia, que nunca terminó; con un argumento propio de las obras francesas diezyochescas, a lo Henri Bataille. Amigo de la gente de escena y actores, estos le retribuían el afecto. Y en el primer aniversario de su muerte, Mecha Ortiz, una de sus predilectas, propició el sentido homenaje que se le tributó. Inconclusa su comedia, como tantas de sus cosas. Como su interminable noviazgo con una amiga de Pelele, el caricaturista y parisiense de adopción, para cuya consumación siempre faltaba algo, si la casa, si los muebles, si esto ó lo otro; en vano sus amigos le ofrecían amueblar la casa encontraba otro argumento al paso. Un solterón que ansiaba el hogar, pero que vivió siempre en hoteles o casa de hospedaje hasta que al final de su vida se allegó al hogar de una sobrina cariñosa.

En su ~~juventud~~ adolescencia y juventud convivió con Deodoro Roca, su primo hermano y de su misma edad, que tuvo por segundo hogar el de su tío Carlos Allende. Tanto que misia Felisa, madre de Deodoro solía decir: "Yo no se como Deodoro no se instala en lo de Carlos y se cambia el apellido de Roca por el de Allende". Es muy probable que Deodoro Roca adquiriera alguno de sus rasgos de carácter en ese ambiente desprejuizado, de libertad, de rebeldía, de coraje, de heterodoxia.

Caballero antiguo, escapado de una estampa de otros tiempos, su espíritu estuvo abierto a las ideas renovadoras. Estaba dispuesto y acompañó con su pluma en la lucha por la libertad y contra el facismo, en la agrupación Acción Argentina, en las campañas por la unidad de nuestro pueblo, en toda empresa democrática, y finalmente en el combate por la paz y contra los avances del imperialismo. A la inversa de tantos liberales envejecidos que quedaron presos, mariposas muertas, en las redes de los cazadores de brujas, una de las mil caras de esa monstruosa maquinación que es la guerra fría, Raúl voló a. Tal vez por eso, y por su fiera independencia, el gobierno peronista lo arrojó de la cátedra de historia que regía con dignidad en la Escuela de Comercio.

Muy pocos en este medio carente de historiadores de verdad, conocían tan profundamente la historia patria como Allende. Contados eran los que exploraron con tanto amor nuestro pasado para comprender el presente y actuar en consecuencia. Tascaba en su fuerte estructura la angustia, el asco y la vergüenza que decenios de dictadura política habían ido acumulando en el fondo de su ser. Tal vez no percibía íntegramente las complejidades de los problemas nacionales, en el proceso de su tremenda transformación y cambio, que arrastraba en su torrente tantas aguas turbias, también fecundantes. Debía sentirse entonces muy desgraciado, cuando en los últimos años de su vida llegaba hasta el punto de declararse extraño en su tierra, de negar hasta su condición de argentino, él que tenía tan lejanas raíces.

Soledad espantosa la de sus últimos, duros años, allá tirado en un rincón, acentuada por su orgullo y su incapacidad para la vida diaria. Aunque no tenía en que caerse muerto, sin metáfora, jamás se entregó ni torció. Como si hubiera tenido para respaldarlo, multitudes y todos los tesoros de los bancos. Porque era verdaderamente de metal de los que se quiebran pero no se doblan.

Su soledad me recuerda la de los últimos años de Deodoro Roca, su compañero de infancia y adolescencia. Eran años muy difíciles, esos primeros años de la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1942, los de la victoriosa marcha del nazismo sobre las poblaciones ensangrentadas de Europa, los de la insolencia del nazi-facismo en la Argentina y entantos otros países. Y ahí estaba Deodoro solo, sólo, tragando su amargura. Sólo, casi, sin tener con quién dialogar, con quién tejer su esperanza, en quién apoyar su fé, esa fé que a fines de 1942, ante Stalingrado, estalló en el universo entero en un inmenso sollozo de triunfo. Pero Deodoro ya había muerto.-

II

Raúl Allende descendía de una antigua familia de abolengo, que dió su nombre a una localidad vecina a la capital de la Provincia. Su padre cometi6 la "falta" de casarse con una intitutriz de origen alemán, descendiente de marinos, talvez piratas, o contrabandistas. Este paso, y el carácter independiente del padre, distanció a la familia de sus congéneres del linaje, ante lo cual la familia reaccionó desdeñosamente. Era una de las muchas familias liberales de Córdoba, que sufrieron el ocaso con los Juarez Celman; Ramón J. Cárcano perteneció a ellas, y fué de los que resurgieron lustros después. A pesar de su constante alusión injuriosa a los "mulatos", tenía su gota de sangre negra, como tanta otra gente de prosapia, y mucho mas frecuentemente de sangre india. Talvez a esto se deba en particular las cualidades de vivacidad, imaginación y gracia de la familia. Las viejas susurraban entre las sombras de las antesalas estos accidentes de la genealogía. Pero a veces salían a luz, como en aquel proceso a que se refiere Ignacio Garzón en sus "Crónicas" contra un Pizarro, para impedirle el ingreso a la Universidad porque no tenía "limpieza de sangre". Un cuarto de siglo después de 1810! De sus tres hermanos, todos ellos de acentuada personalidad, la mayor era una niña de radiante belleza, aguda como una flecha, que estuvo postrada largos años por una dolencia crónica de la que falleció; Oliverio, apolíneo, muy payo, era un espíritu fino, un intelectual de garra, que estuvo escribiendo sin terminar la biografía de su fraterno primo, Héctor Roca, hermano de Beodoro; y Carlitos, el benjamín, en quién se sumaban las dotes de una preciosa juventud, en cuyas guedejas crespas se habían prendido todos los oros cordobeses.

En ocasión lejana esboqué algunos razgos de una de las crisis mas intensas porque atravesó la sociedad cordobesa(1). Posteriormente estudié las condiciones sociológicas que engendraron la Reforma Universitaria, que fué la expresión aguda de esa crisis(2). Es cierto que sin la metodología rigurosa a la norteamericana de los neosociólogos que cuentan las pulgas de las vacas procesándolas cibernéticamente con computadoras electrónicas. Uno de los subproductos de dicha crisis fué la "Chichinga", un grupo de jóvenes entre los que había que ya eran o fueron después toxicómanos inveterados, que intentaban alegrar con múltiples libaciones y travesuras las rigideces de la Docta.(3)- Un grupo, que se destacaba por su

(1).G.Bermann "Toxicomanías" ed. El Ateneo Bs. As. ,1946, Cap. V.-

(2).G. Bermann "Juventud de América". ed. Cuadernos Americanos de México, 1946.-

(3)."Toxicomanías", loc. cit, pag. 105

desparpajo y por su crítica incisiva, a veces feroz, de las costumbres locales, morigeradas y beatas, de los figurones y pelucones. Llevaba la voz cantante Emilio Pizarro, hijo de Manuel Dídimo, que fué ministro del Ejecutivo Nacional y Gobernador de Córdoba, hombre muy representativo de la Córdoba clerical y doctoral de fines del siglo pasado. Eran la voz agorera, precursora del fin de una casta que había regido los destinos de Córdoba desde que fué instalada la Universidad, mas de tres siglos atrás, a la que conocían bien porque procedían de su seno. Reían y se burlaban de su ocaso, danzaban sobre sus fosas, aún no llenadas. Formaban parte de la barra Raúl, Jacobo Peña, Arturo Cámara, Godofredo Lazcano Colodrero. Más adelante Cámara, florido diputado radical decía en verso sus intervenciones cívicas en la Cámara Provincial; en una ocasión comentaba, el "gordo" Torres Castaño, diputado demócrata, le interrumpió para una moción de orden, que concedida por la presidencia, fué de que ésta le hiciera traer una guitarra al diputado Cámara para que acompañara su alocución. Uno de los concurrentes menores recuerda que a veces, después de las noches báquicas, el mas lúcido de ellos tenía que distribuirlos en los zaguanes de las respectivas casas... ~~XXXXX~~

En la peña celebrábanse los razgos de ingenio y de humor como hazañas, y los ovillejos, epitafios y epigramas en que sobresalía Jacobo Peña, que después emigró a Buenos Aires, eran repetidos con fruición. Raúl los recordaba constantemente. Era muy apreciado el soneto de Peña a Emilio Pizarro:

Sólida, la cabeza, despejada, la frente;
los ojos, de mirada movible y penetrante;
el pecho, musculoso; el gesto, complaciente;
el brazo, siempre en guardia contra cualquier desplante.

Con la palabra juega tan bien, tan dísticamente,
que encanta al hombre culto igual que al ignotante;
más cuando el verbo yergue sobre el ala elocuente,
su voz se temple al tono del acero vibrante.

De su eminente padre proviene su talento:
posee el mismo irónico, fumíneo pensamiento
con que aquel derribara a más de un enemigo;
Pero, Emilio Pizarro no quiere humanas cosas...
a menos que ellas sean mujeres, versos, rosas,
o lo que tanto estima: la mano de un amigo.

Ya en las postrimerías de existencia de la barra, en 1927, con motivo de la cesantía del famoso profesor Georg Fr. Nicolai de la cátedra de fisiología de la Universidad, Emilio Pizarro le dedicó un soneto que muchos recuerdan, ~~un~~ demostrativo del espíritu de grupo frente a la clase socialmente consagrada. Nicolai mismo lo incorporó al frente de su sarcástico panfleto "Homenaje de Despedida a la Tradición de Córdoba Docta y Santa" (Bs. As., Sociedad de Publicaciones "El Inca", 1927:

Tiene la docta un río y es un hilo
de agua apestosa que se arrastra lento;
la Catedral, confuso monumento,
y la Universidad, que es un asilo.

Ciudad que pone en fobia al más tranquilo,
ciudad de "metejón" y aburrimento:
tu virtud fué el "estrilo" de Sarmiento,
!ciudad de todo lo que causa "estrilo"!

Ir al cine, chismear, dormir la siesta,
hacer sobre política una apuesta,
contarle al abolengo al peluquero;

!Esa es tu vida cultural y artístata
!Cuándo te perderé, Docta, de vista!
!Cuándo saldrá, Doctor, de este agujero!!!

Soledad espantosa la de sus últimos, duros años, allá tirado en un rincón, acentuada por su orgullo y su incapacidad para la vida diaria, pero jamás se entregó ni torció, como si hubiera tenido para respaldarlo multitudes, y todos los tesoros de los bancos. Porque era verdaderamente del metal de los que se quiebran pero no se doblan.

Su soledad me recuerda la de los últimos años de Deodoro Roca, su compañero de infancia y adolescencia. ~~xxxxxxx~~ Eran años muy difíciles, esos primeros años de la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1942, y de la década infame, los de la victoriosa marcha del nazismo sobre las poblaciones ensangrentadas de Europa, los de la insolencia nazi-facismo en la Argentina y en tantos otros países. Y ahí estaba Deodoro sol, sólo, tragando su amargura. Sólo, casi, sin tener con quién dialogar, con quién tejer su esperanza, en quién apoyar su fé, esa fé que a comienzos de 1943 ante Stalingrado, estalló en el universo entero en un inmenso sollozo de triunfo. Pero Deodoro ya había muerto.-

Cuantas cosas han cambiado desde su desaparición, en 1956. Hoy Raúl Allende no renegaría, humillado, de su condición de argentino, ante el espectáculo de pueblos martirizados durante siglos levantándose en dura lucha a través de los continentes a la luz de la venturosa, plena libertad y de una sentida fraternidad, y entre ellos al pueblo de su patria redivivo en sus rebeldías por la misma causa santa. Sonreiría, dichoso y vengativo, ocupando su lugar en la marcha triunfal, enharbolando su pluma infatigable, con sus amores y sus odios, tropezando y levantándose, pero siempre adelante, cantando y bebiendo